

maniobraría á retaguardia del enemigo; en cuanto al segundo, compuesto de los ingleses y los sardos y mandado por lord Raglán, ocuparía el valle de Baïdar, pronto á socorrer á Pelissier ó á apoyar á Canrobert, según que los rusos desbordasen en masa de Sebastopol ó aceptasen la batalla en el interior de Crimea (1).

Se comprende el trastorno que este cambio de planes producía entre los jefes aliados. En los días 14, 15 y 16 de mayo se celebraron largos conciliábulos. Los ingleses, aunque opuestos á las grandes operaciones, parecían al pronto menos hostiles de lo que era de esperar á las nuevas combinaciones. En la noche del 14, el comandante en jefe prescribió al general Martimprey que preparase las órdenes para una acción inmediata. Al tratarse de los detalles de ejecución estallaron las divergencias y se agravaron al extremo de impedir que se llegase á una inteligencia. En tan penosas circunstancias, Canrobert, que no había provocado la crisis y sentía por ella gran pesadumbre, se encargó de facilitar la solución. Colocado entre la voluntad obstinada de Niel, los planes del emperador y las objeciones casi irritadas de los ingleses, abrumado por el peso de una responsabilidad que le asustaba al extremo de paralizarlo, resignó su mando.

Hízolo sin recriminaciones contra nadie, con la sencilla dignidad de un alma recta, como hombre cuyas fuerzas pueden flaquear, pero cuyo corazón no conoce los desfallecimientos. Alegó motivos de salud y el cansancio de su espíritu por una tensión constante: «Mi deber con mi soberano y con mi país, decía en un telegrama al emperador, me obliga á pedir la entrega al general Pelissier, jefe hábil y de gran experiencia, de la credencial de mando que tengo para mí. El ejército que le dejaré es intacto, aguerrido, entusiasta y lleno de confianza. Suplico al emperador que me reserve en él un puesto al frente de una simple división.» A tan noble lenguaje, el emperador contestó como debía y no escatimó las muestras de su benevolencia á aquel desinteresado servidor de su trono y del país. Libre de cuidados, Canrobert recobró su habitual serenidad. «No carezco de cualidades, decía modestamente al general Martimprey; pero no reuno las que requiere tan pesada carga (2).» El 19 de mayo, Pelissier, investido del mando en jefe, tomó posesión del cuartel general. Aquel mismo día, el antiguo jefe del ejército de Oriente, descendido al rango de simple combatiente, unióse en el vivaque á su antigua división.

III

Sucede á menudo que, en el momento de las resoluciones difíciles, la extensión de los conocimientos aumenta la indecisión en vez de dispararla. La inteligencia se gasta en medir las ventajas y los peligros, y queriendo reunir todas las probabilidades de éxito, las deja escapar todas. Pelissier no era así. Su espíritu, más sensato que elevado, más firme que extenso, más sencillo que complicado, le ponía al abrigo de las investigaciones ansiosas, frecuentes en las almas más nobles, pero á menudo funestas á los hombres de acción. Era abso-

(1) Niel, *Journal des opérations du génie*, págs. 228 y siguientes.

(2) Notas inéditas del general Martimprey.

luto y resuelto á la vez. En las circunstancias embarazosas en que tomaba el mando, tuvo desde luego el mérito de tener un plan y el otro mérito más raro de seguirlo.

Quince días antes, siendo simple jefe de un cuerpo de ejército, había expuesto ya en un informe á Canrobert sus apreciaciones sobre la marcha de la guerra. «Estoy persuadido, escribía en 5 de mayo, que en la posición inexpugnable que ocupamos, una serie de operaciones de sitio que por la derecha tendiesen á la toma del baluarte Malakof, y por la izquierda á la posesión del reducto interior del baluarte del Asta, nos haríamos dueños de Sebastopol, fuese cual fuese la resistencia ulterior de la guarnición... A menos de órdenes superiores, mi plan sería, mi general, continuar «el sitio á toda costa, sin preocuparme mucho del exterior.» Todo el cuadro de las operaciones futuras se halla comprendido en estas pocas líneas. El nuevo general en jefe descartaba ó aplazaba las grandes maniobras en el exterior, ya porque le parecían demasiado peligrosas, ya porque semejante empresa le desconcertase á causa de su magnitud. Su objetivo cuidadosamente limitado era la toma de la ciudad por medio de una serie de asaltos sucesivos que desalojasen desde luego al enemigo de sus fortificaciones avanzadas y nos permitiesen luego tomar posición en el recinto. Ningún otro proyecto había de distraer de éste: tiempo habría, una vez tomada Sebastopol, de elaborar con calma sabias concepciones. Pelissier no ignoraba que aquellos golpes de fuerza reiterados costarían mucha sangre, pero semejante perspectiva no le arredraba. El ataque se operaría á la vez contra la ciudad y contra el arrabal: sin embargo, esta última parte de la empresa había de ser la principal y hacer olvidar la otra en las preocupaciones del mando. Tal era el plan de Pelissier. Se resumía en dos palabras: «el sitio, el sitio y nada más que el sitio.» No implicaba combinaciones profundas ni grande estrategia. Exigía sobre todo voluntad, pero mucha.

Habría observado el lector que estos planes para nada tenían en cuenta los de Niel ni los del emperador. ¿Qué era de la teoría del bloqueo? ¿Qué era del grandioso proyecto esbozado en las Tullerías y recientemente llevado á Crimea? Al revestir á Pelissier de la suprema autoridad, Napoleón III ¿no habría creado más que un instrumento rebelde á sus designios? El nuevo comandante en jefe ¿se habría acorralado desde el primer momento en una de esas órdenes que no dejan más alternativa que la retirada ó la sumisión? ¿Cómo podría, aún á tal distancia, cómo podría, sin abierta desobediencia, hacer caso omiso del plan de su soberano, que después de todo tenía derecho á mandar, que disponía del telégrafo para imponer su voluntad, que tenía en Crimea un *alter ego* en el general Niel, *alter ego* más celoso que el soberano mismo, porque era el primer inspirador de las ideas que éste se apropiaba?

Todos los méritos de Pelissier (y eran grandes) no hubieran podido salvarle de una situación tan falsa. Pero en ciertos casos los defectos nos favorecen tanto como las cualidades, y debe ser por esto por lo que los ha creado Dios. Pelissier tenía defectos, los tenía en abundancia, y eran de los más oportunos que se pudiesen encontrar. Niel era absoluto, y Pelissier no lo era menos; Niel se apoyaba fácilmente en la confianza del

emperador, pero con más facilidad se preveía Pelissier de las prerrogativas de su rango. Su edad, la antigüedad de su empleo, los altos mandos que había ejercido y sobre todo sus brusquedades legendarias alejaban las familiaridades é intimidaban á las críticas. Era muy inteligente y poseía un espíritu mordaz de que se servía sin escrúpulos; y como únicamente era generoso á ratos, revestía sus sarcasmos de matices crueles que abrumaban. A pesar de haberlo recomendado para el mando superior, el bueno y leal Canrobert no penetraba sin un temor vago en la tienda del nuevo general en jefe. Ayudantes, ordenanzas, mensajeros venidos de París, consejeros oficiosos, nadie escapaba á aquel provechoso temor, y la mayoría, en presencia de tan duro jefe, apenas se atrevían á balbucear lo que habían meditado. Que aquel silencio obedeciese más al miedo que á la simpatía, le tenía sin cuidado al general en jefe: á éste le bastaba que se callasen las lenguas, que se guardara la disciplina y que nadie le contrariara en sus proyectos.

En París la altivez no hubiera sido oportuna. Pero los hombres más bruscos tienen á veces, cuando su interés lo requiere, habilidades que asombran y flexibilidades que desarmen. Resuelto á descartar de su programa toda operación exterior, el general en jefe, en sus partes al emperador ó al ministro de la Guerra, se guardaba bien de descubrir sus verdaderos pensamientos. A juzgar por lo que decía, no renunciaba á los movimientos á larga distancia, pero quería desde luego continuar las obras de sitio empezadas. Todo le servía de pretexto para aplazar las combinaciones concebidas en París: ora alegaba la resistencia de lord Raglán, ora pretextaba el estado sanitario de una parte del ejército invadida por el cólera. Con fingida modestia y protestando de su espíritu de disciplina, pedía que se le concediese alguna latitud. Aseguraba que el plan del emperador sería ejecutado, pero que se necesitaba un poco de paciencia. Y para que se tuviese paciencia dejaba entrever como próxima la gloriosa conquista de Malakof. De este modo Pelissier lograba hacer su sola voluntad, á pesar de Niel, á pesar del emperador y á pesar del telégrafo, y es sorprendente verle vencer todos estos obstáculos antes de vencer á los rusos.

La partida, sin embargo, era peligrosa para el general en jefe. Este lo sabía y deseaba que algún parte de victoria dificultase la censura ó la desaprobación. Al principio de su mando todo presenta la huella de su voluntad activa y resuelta. Procede á una nueva distribución de sus fuerzas. Su ejército, que los recientes refuerzos han elevado á 120.000 hombres (1), es dividido en tres cuerpos: el primero, al mando del general de Salles, es destinado á los ataques contra la ciudad; el segundo, á las órdenes del general Bosquet, sigue teniendo á su cargo, lo mismo que los ingleses apostados delante de la Estrella Grande, los ataques contra las fortificaciones avanzadas de Karabelnaia; el tercer cuerpo, llamado cuerpo de reserva y confiado al general Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, ocupa, de acuerdo con los sardos, los montes Fedioukhine y se extiende hasta el valle de Baïdar. Reanúdase y se lleva á buen

término la expedición de Kertch. Los rusos habían restablecido ó conservado importantes obras de defensa delante del baluarte central. Apenas instalado, el general en jefe decide desalojarlos de allí. El 22 y el 24 de mayo, después de sangrientos combates, el enemigo es rechazado hasta el recinto interior, y esta primera victoria es como el estreno del nuevo mando. El ejército, después de largas incertidumbres, se siente dirigido y sigue á su general, si no con mucho afecto, al menos con confianza. «Me alegro mucho, escribía el general Martimprey, que continuaba en el cargo de jefe de Estado mayor, me alegro mucho de ser al fin el instrumento de una voluntad precisa (2).» Todas estas medidas no eran más que un preludio. La idea del general en jefe se absorbía cada vez más en un solo punto, es decir, en los ataques contra el arrabal de Karabelnaia. La historia del sitio se resume desde este momento toda entera en los asaltos sucesivos que van á hacer rendir á nuestras armas, primeramente la Colina Verde y las Fortificaciones Blancas, y en segundo lugar, después de una derrota gloriosamente reparada, la propia fortaleza de Malakof.

IV

Los rusos, casi seguros de que la suerte de Sebastopol se decidiría por la parte del arrabal, no habían perdonado medio para añadir nuevas defensas á las ya creadas y hacer invulnerable este lado de la plaza. Mucho más allá del barranco del Carenaje y no lejos de la bahía de este nombre habían establecido, detrás de las Fortificaciones Blancas, una nueva batería, llamada *Batería del 2 de mayo*. Uniendo antiguas excavaciones, acababan de construir delante de la Estrella Grande vastas obras de defensa á las cuales se dió el nombre de *Fortificación de las Canteras*. En la Colina Verde se practicaron nuevas cañoneras. Y no satisfechos con tan inmensas obras, los sitiados apelaban á toda clase de medios ingeniosos para desconcertar nuestros esfuerzos ó provocar en nuestras filas alguna catástrofe. Un día fueron descubiertas, delante de nuestras filas, pequeñas máquinas infernales destinadas á estallar bajo los pies de nuestros soldados (3).

Los nuestros no se dejaban aventajar ni en ardor ni en actividad. Establecían emboscadas, y, á pesar de la naturaleza pedregosa del suelo, las unían por medio de caminos cubiertos. Consolidaban sus trincheras y las prolongaban. Ensanchaban sus paralelas para abrigar tropas y establecían banquetas y parapetos. Gaviones, fajinas, sacos de tierra, todo era acumulado lo más cerca posible de los ataques proyectados. Bajo la imperiosa, pero hábil y sabia dirección del general Frossard, jefe de ingenieros delante de Karabelnaia, las obras de aproche se desarrollaban á ojos vistas. Mientras tanto, el general Bosquet multiplicaba los reconocimientos, con la mirada siempre puesta en la Colina Verde, objeto del próximo combate. «¿Qué haríais para tomar la Colina?» preguntaba á menudo á sus oficiales (4). El escuchaba silencioso la contestación, buscando en todas

(2) Correspondencia inédita.

(3) *Journal des opérations du génie*, pág. 271.—*Journal des opérations de l'artillerie*, pág. 311

(4) Fay, *Souvenirs de Crimée*, págs. 246-247.

(1) Situación de presencia en 20 de mayo (*Journal des opérations du génie*, apéndice n.º 9, pág. 481).

partes nuevas luces, cuidadoso de los menores detalles y atento á conjurar, á fuerza de previsión, todos los reveses de la fortuna adversa.

Pronto los preparativos parecieron estar tan adelantados, que se trató de fijar el día de la acción. El objetivo era desalojar al enemigo de todas sus posiciones exteriores, es decir, ocupar las *Fortificaciones Blancas*, la *Batería del 2 de mayo* y la *Colina Verde*, mientras los ingleses se harían dueños de las fortificaciones avanzadas de las *Canteras*. La fecha señalada fué el 7 de junio. El ataque se verificaría á la caída de la tarde, á fin de poder aprovecharse de las tinieblas para establecerse sólidamente en los reductos conquistados. La artillería prepararía y facilitaría el paso de las columnas. Malakof no iba comprendido en el plan general, y nuestras tropas, cualquiera que fuese el resultado de la acción, no habían de aventurarse á forzar el recinto.

El 6 de junio, todas nuestras baterías abrieron el fuego delante de Karabelnaia. Según el cálculo de los rusos, que habían adquirido la costumbre de contar sus pruebas, este fué el *tercer bombardeo* (1). El efecto del cañoneo se dejó sentir sobre todo en la Colina Verde. Durante la noche, los sitiados se apresuraron á reparar sus desperfectos; pero, á pesar de su laboriosa actividad, sorprendióles el alba antes de que hubiesen reconstruído todas sus fortificaciones desmoronadas. El día 7, al amanecer, franceses é ingleses reanudaron su tiro con mayor violencia. En esta segunda jornada fueron las Fortificaciones Blancas las que más sufrieron; en el reducto de Volhynia quedaron varias piezas fuera de servicio; el parapeto, desportillado, y el foso, lleno hasta la mitad de su profundidad; en el reducto Selng-hinsk las cañoneras quedaron tan estropeadas que sólo tres piezas seguían haciendo fuego. Desde las tres hasta las seis de la tarde, el fuego de los aliados fué creciendo en actividad, y nuestras baterías tiraron, no solamente contra Karabelnaia, sino también contra la ciudad.

Mientras caía aquella lluvia de hierro sobre Sebastopol, las tropas destinadas al ataque habían salido de sus campamentos. A eso de las cuatro y media, la división Mayrán, encargada de apoderarse de las Fortificaciones Blancas, se replegó en las trincheras del Careñaje; un poco más á la izquierda, la brigada Wimpfen, de la división Camou, designada para el asalto de la Colina Verde, tomó posición en las paralelas delante de la Colina. Respecto á las reservas, se concentraban por una parte en el barranco del Careñaje, y por otra parte en el barranco de Karabelnaia: había la división Dulac, destinada á apoyar la división Mayrán; había la brigada Vergé y, hacia atrás, la división Brunet, llamadas á secundar el ataque del general Wimpfen. El general Pelissier se había instalado en el reducto Victoria: un poco más adelante, cerca de la batería de Lancaster, se hallaba el general Bosquet.

A las seis y media en punto varios cohetes dan la señal de la acción. En seguida las dos brigadas de la división Mayrán salen de las trincheras del Careñaje. La brigada Lavarande gana á la carrera los 300 metros que la separan del reducto Volhynia: nuestros soldados

(1) El primero había tenido efecto el 17 de octubre, y el segundo el 9 de abril.

abordan las posiciones enemigas, se arrojan al foso, escalan la escarpa aprovechándose de ciertas asperezas de un roquedal, penetran en el reducto por las cañoneras, y después de una corta lucha cuerpo á cuerpo, obligan á los rusos á la retirada. La brigada de Failly no despliega menos vigor en el asalto del reducto Selng-hinsk, del cual la separa una distancia de unos 600 metros: en pocos instantes se apodera de la fortificación. Los rusos rechazados se retiran hacia la *Batería del 2 de mayo*; pero pronto son arrojados de ella por los nuestros. Para colmo de desgracia, al tratar ellos de recuperar el recinto interior, el teniente coronel Larouy-d'Orion, con dos batallones de infantería, baja hasta el fondo del barranco del Careñaje, vuelve á subir rápidamente por la orilla derecha, les corta el paso del puente-acueducto que les conduciría á la plaza y les hace 400 prisioneros.

Mientras tanto, se intentaba el ataque de la Colina Verde con igual éxito. Desde las paralelas hasta las fortificaciones avanzadas de los rusos, la distancia era de 450 metros: afortunadamente las ondulaciones del terreno permitían escapar en parte á la puntería del enemigo. A la señal del combate, la brigada Wimpfen se divide en tres columnas: á la derecha, los cazadores argelinos; en el centro, el coronel Branción con el 50.º de línea; á la izquierda, el coronel Polhés con el 3.º de zuavos. Toman fácilmente varias emboscadas. Llegan delante del reducto que defiende un ancho foso, detrás del cual se alza un parapeto de gran relieve. Tales obstáculos no detienen á los sitiadores. Estos se arrojan al foso, se aprovechan de algunos desmoronamientos del parapeto, se encaraman unos sobre otros, llegan á las cañoneras y penetran en los atrincheramientos. En el momento del ataque, Nakhimof visitaba la Colina Verde. A su voz, los artilleros, casi todos marinos y entusiastas por su jefe hasta el fanatismo, se echan sobre los cañones y se preparan á una defensa desesperada. Pero la impetuosidad de nuestro arrojo y la superioridad numérica de nuestras tropas desconciertan sus resoluciones. Nakhimof, casi copado, ya no cuida más que de replegar á sus hombres; los conduce hacia al recinto interior y los abriga detrás de la cortina que une Malakof con la Estrella Grande (2).

La victoria había sido tan rápida que el combate había durado apenas media hora. Al mismo tiempo, para coronar nuestra fortuna, los ingleses se habían apoderado de las fortificaciones avanzadas de las *Canteras*. Pero en esto sobrevino un incidente que estuvo á punto de cambiar el éxito en derrota.

Al ver huir á los rusos, los vencedores de la Colina Verde no saben contener su ardor. Son ya cerca de las siete y media, pero brilla todavía el sol en el horizonte. Malakof se alza á unos 500 metros de distancia, y quizá queda aún suficiente día para consumir el triunfo y acabar de una vez. Algunos oficiales arrastran á sus soldados ó se dejan arrastrar ellos mismos y desbordan de la Colina. A través de las excavaciones y las sinuosidades del terreno, avanzan hacia la fortaleza, llegan al pie de los muros del baluarte y tratan de meterse en él tras de los rusos que huyen. El castigo de esta im-

(2) Véase Todleben, *Défense de Sebastopol*, tomo II, 1.ª parte, págs. 322 y 323.

prudencia no se hace esperar. Los sitiados, vueltos de su primera sorpresa y en fuerza detrás de Malakof, vomitan la metralla sobre los temerarios asaltadores. En un instante todo el terreno inmediato al bastión se cubre de cadáveres de los nuestros. Los supervivientes se repliegan hacia la Colina, se refugian en ella precipitadamente, siembran la confusión hasta en medio de las tropas que no la han abandonado y las arrastran en su movimiento de retirada. Los rusos salen entonces en gran número de la plaza, recuperan la fortificación perdida y por medio de una vigorosa ofensiva hacen retroceder á sus adversarios hasta sus trincheras.

El momento era crítico. La sangre fría y la resolución del general Bosquet conjuraron el peligro. Desde la batería de Lancaster el general había seguido con la vista todas las peripecias del combate. La noche se aproximaba y no había un minuto que perder para alcanzar de nuevo la victoria. Dióse la orden de hacer entrar á las reservas en acción. Mientras la división Brunet salía del barranco de Karabelnaia y ocupaba las paralelas, el general Vergé, con la segunda brigada de la división Camou, avanzó rápidamente. Estos bravos batallones formaron en columna bajo el fuego del enemigo, se juntaron en marcha con la brigada Wimpfen y subieron á paso de carga las vertientes de la Colina. Entre los rusos, empeñados en conservar la presa recuperada, y sus adversarios, deseosos de vengar su pasajera derrota, se empeñó una postrera lucha. Por fin la bandera tricolor flotó de nuevo sobre la Colina, y los sitiados se replegaron, no sin algún desorden, detrás de las murallas del arrabal, que era ya su única defensa (1).

A la entrada de la noche, los oficiales de ingenieros tomaron posesión de las fortificaciones y se apresuraron á ejecutar los trabajos que consolidaron nuestra posición, no sin que estos trabajos fuesen interrumpidos varias veces por el fuego del enemigo, mal resignado á su pérdida.

Los rusos quedaban privados de todas sus posiciones exteriores, y su defensa perdía el carácter agresivo que hasta entonces había conservado. Era el resultado, el inmenso y glorioso resultado de la jornada de 7 de junio. Resultado, empero, caramente pagado, porque la efusión de sangre fué enorme, sobre todo si se tiene en cuenta la brevedad de la lucha. Los franceses contaban 5.443 bajas, entre muertos, heridos ó desaparecidos (2), y los ingleses, de seiscientos á setecientos. En presencia de semejantes cifras, es un mal consuelo añadir que las pérdidas rusas igualaban al menos á las nuestras. Entre nuestras bajas hubo dos que causaron particular sentimiento: la muerte del coronel Branción, en el ataque contra la Colina Verde y en el momento en que plantaba sobre el parapeto la bandera de su regi-

(1) Parte del general Pelissier. (*Monitor*, 25 junio 1855).—*Journal des opérations du génie*, págs. 294 y siguientes.—*Journal des opérations de l'artillerie*, págs. 303 y siguientes.

(2) Fay, *Souvenirs de la guerre de Crimée*, pág. 620. Ayudante del general Bosquet, Fay tomó estas cifras de los partes de su jefe. En su bella *Historia de la guerra de Crimea* (tomo II, página 242) Camilo Rousset reproduce el mismo número de bajas. Véase también el *Journal des opérations du génie*, pág. 301. El *Journal des opérations de l'artillerie* (pág. 307), evidentemente inexacto sobre este punto, estima sólo en 3.000 el número de muertos y heridos.

miento, y la del general Lavarande, muerto el 8 de junio, por una bala perdida, en la fortificación que había conquistado el día antes. Por un sentimiento de patriótica piedad, el general Pelissier quiso que el recuerdo de los dos valientes jefes se perpetuase en los mismos sitios en que habían encontrado la muerte. Decidió que las *Fortificaciones Blancas* se llamaran en adelante *Fortificaciones Lavarande*, y la Colina Verde, *Reducto Branción*.

V

Después de tantos encuentros inciertos ó estériles, la decisiva victoria del 7 de junio causó del uno al otro extremo de los campamentos una grande y viril alegría. Pero aún esta misma alegría tuvo sus peligros. Como al exceso de timidez sucediera el exceso de confianza, tomó cuerpo la idea de que todo podría intentarse en breve y de que Malakof sucumbiría á nuestros golpes tan fácilmente como la Colina Verde.

No faltaban razones para estimular á la audacia. Había que aprovechar el entusiasmo que sigue siempre al éxito: el enemigo, fiado en las fortificaciones avanzadas, no se había cuidado de perfeccionar ciertas porciones del recinto amurallado, y convenía sacar partido de estas ventajas antes de que se completase la defensa; la continuación de los caminos cubiertos sería, por otra parte, muy lenta, quizá imposible, pues cerca de la plaza no se encontrarían capas arcillosas, sino terrenos roqueños rebeldes á la zapa. Así hablaban los partidarios de la acción inmediata. Pero había voces más prudentes que recordaban las reglas ordinarias de los sitios: á pesar de los progresos de las trincheras, nos encontrábamos aún á más de 400 metros de Malakof; y los ingleses se hallaban á 250 metros de la Estrella Grande. A tanta distancia, ¿era razonable intentar el asalto? Se añadía que la sorpresa del 7 de junio no se renovaría dos veces, pues los rusos estarían alerta. Sin embargo, estos consejos parecían más timoratos que prudentes y eran poco atendidos sobre todo por el general en jefe, que deseaba poder anunciar reiteradas victorias para establecer la excelencia de su plan, desconcertar las críticas de sus tenientes y desarmar las objeciones del propio emperador.

A la temeridad de un asalto prematuro importaba no añadir ninguna otra falta. Desgraciadamente no sucedió así. Aquí tropezamos con una medida tan extraña que el espíritu no acierta á adivinar sus motivos. Dirigía los ataques contra Karabelnaia un jefe que conocía muy bien el terreno, se recomendaba por su golpe de vista certero y poseía la confianza, muy merecida, del soldado. La fama de Bosquet era la más brillante y popular de cuantas había creado la guerra de Oriente. Además le favorecía la suerte, cualidad que ninguna otra puede suplir. Había tenido suerte en el Alma, en Inkermann, y acababa de forzar la victoria indecisa, por medio de su vigorosa prontitud. El 15 de junio, con gran sorpresa de todo el mundo, una orden del cuartel general le designó para el mando de un cuerpo de tropas que había de maniobrar á orillas del Tchernaiá, y confió al general Regnaud de Saint-Jean d'Angely las operaciones contra el arrabal. ¿Estaba celoso Pelissier de una fama que entonces eclipsaba mucho la suya? ¿Le repugnaba elevar en demasía á un teniente difícil de manejar,

orgulloso de sus grandes servicios y bastante encumbra- do para no soportar sin impaciencia á un superior? ¿Que- ría proporcionar al general Regnaud, comandante en jefe de la guardia imperial, una ocasión de gloria, y conciliarse así el favor del soberano? Todas estas interpre- taciones contienen sin duda algo de verdad sin que nin- guna de ellas legitime ó explique un cambio tan poco juicioso. El 16 de junio, á las dos de la tarde, el gene- ral Regnaud llegó al campo del 2.º cuerpo, ignorando las posiciones que había que atacar, bravo é instruido, pero recién desembarcado en Crimea, desconocido y desconocedor de las tropas. El mismo día Bosquet, con- teniendo mal su tristeza y su despecho, bajó al llano y se encaminó hacia sus nuevos campamentos.

El ataque de Malakof, como el de la Colina Verde, había de ser preparado por la artillería. El 17 de junio el fuego de los sitiadores empezó contra Karabelnaia. Según la cuenta de los rusos, fué el *cuarto bombardeo*. El fuego continuó todo el día, con pérdidas enormes para los sitiados, que transportaron 1.600 heridos á las ambulancias de la ciudad y del arrabal (1). Al atarde- cer, Malakof, la Estrella Grande, la Estrella Pequeña y las cortinas aparecían con sus frentes deteriorados, sus cañoneras en parte obstruidas y varios de sus cañones fuera de servicio. Creyóse que era el momento propicio para llevar á término la empresa. A las once de la no- che, Pelissier telegrafió al ministro de la Guerra: «Ma- ñana, 18, al despuntar el día, de acuerdo con los ingle- ses, abordo la Estrella Grande, Malakof y las baterías dependientes (2).»

En aquel momento, las tres divisiones designadas para el ataque se disponían á tomar su puesto de com- bate. A la derecha, la división Mayrán, que con una de sus brigadas había de ocupar la batería de la Punta y abordar con otra la Estrella Pequeña, acababa de re- plegarse en el barranco del Carenaje. En el centro, la división Brunet, que había de asaltar la cortina entre la Estrella Pequeña y Malakof, empezaba á replegarse, no sin alguna lentitud y desorden, en las trincheras próxi- mas á la Colina Verde. A la izquierda, la división Au- temare se alineaba parte en las paralelas y parte en el barranco de Karabelnaia, desde donde tenía que diri- girse al extremo del barranco, penetrar en el recinto por la batería llamada *batería Gervais*, oblicuar luego á la derecha y atacar á Malakof. La división de la guardia imperial formaba la reserva y se escalonaba en torno del reducto Victoria. A los ingleses les estaba destina- do el asalto de la Estrella Grande. A las tres de la ma- ñana, varios cohetes, disparados desde la batería Lan- caster, á una orden del general en jefe, habían de dar la señal de la acción.

Mientras se hacían estos preparativos, se había sus- pendido el cañoneo, pero nuestros morteros, acentuán- do la violencia de su tiro, cubrían de bombas Malakof, la Estrella y todo el arrabal. Varios de nuestros vapores, acercándose á la rada, descargaron sus andanas sobre la ciudad, la bahía del Sur y las baterías de la costa. A intervalos se elevaban siniestros resplandores sobre Sebastopol: eran incendios causados por nuestros proyectiles. Cerca de la bahía de la Cuarentena estalló

(1) Todleben, *Défense de Sebastopol*, tomo II, primera parte, pág. 364.

(2) *Monitor* del 22 de junio de 1855.

un depósito de bombas. En medio de esta confusión, los rusos se apresuraban á extinguir las llamas, contes- taban desde sus baterías al fuego de nuestros barcos, y se aplicaban sobre todo, con su habitual perseverancia, á reparar las brechas de sus muros. Pero estos múltiples cuidados de la defensa no absorbían toda su vigilancia. Tenían puesta en otra parte su principal atención.

A través de la obscuridad casi lúcida de una clara noche de junio, los cazadores enemigos habían creído distinguir por la parte del barranco del Carenaje una especie de fluctuación, como el vaivén de masas confu- sas apiñadas en un estrecho espacio desde el cual de vez en cuando desbordaban. Luego, en el intervalo de las detonaciones, subía un ruido vago hacia los muros, como el de una muchedumbre que procura permanecer silenciosa, pero que por su número revela su presencia. En seguida, en toda la línea de defensa, desde la bate- ría de la Punta hasta la de la Estrella Grande, dióse el grito de alarma. El general Khroulef, que mandaba en jefe en Karabelnaia, se enteró de todo sin gran sorpre- sa. El bombardeo parecía el preludio de una nueva tentativa. Una coincidencia de fecha había llamado la atención de los rusos: el nuevo día era el 18 de junio, aniversario de Waterloo. ¿Era verosímil que los france- ses desearan transformar esta fecha y cambiar un recue- do amargo en recuerdo glorioso? Seguro de un ataque próximo, Kroulef se apresura á comunicar sus órdenes. Bajo el fuego del bombardeo y sin preocuparse de sus pérdidas, reúne á sus reservas y las distribuye detrás de los muros de Karabelnaia: el regimiento de Iakoutsk, á la derecha de Malakof; dos batallones del regimiento de Zabalkansky son llamados á reforzar la guarnición ordinaria del bastión; el regimiento de Selenghinsk se repliega á la derecha de la fortaleza: otros batallones son repartidos en los puntos más amenazados. Al ter- minar la noche, todas las fortificaciones eran silencio- samente ocupadas por defensores.

La fatalidad acabó de comprometer esta empresa mal preparada. Pelissier, que se había reservado la señal del ataque, salió tarde de su cuartel general, tan tarde que ya clareaba cuando llegó á la batería de Lancáster. De pronto, por la parte del Carenaje, estallaron las detona- ciones de la artillería mezcladas con el tiro de los fusiles. Era Mayrán que empeñaba la acción.

Una falsa señal le había engañado. Cerca de las tres esperaba con impaciencia la orden de atacar. En esto, una bomba partió de la Colina Verde y atravesó el ho- rizonte como una estrella fugaz. «¡La señal!» exclamó Mayrán; y arrastrando á sus soldados, pasó las trinche- ras. El ímpetu de los soldados era soberbio. Apenas habían recorrido dos ó trescientos metros cuando una verdadera lluvia de metralla abatió las cabezas de la columna, sembró el suelo de muertos y heridos y obli- gó á los más valientes á guarecerse detrás de un replie- gue de terreno. Una vez reorganizadas las filas, tentóse un nuevo esfuerzo. Pero á la metralla de la plaza se unieron los fuegos del *Vladimiro*, que, acoderado en la bahía del Carenaje, dirigía contra los nuestros su tiro certero y mortífero. Mayrán fué herido por primera vez y recibió luego otra herida mortal. Su desdichada divi- sión se replegó en las paralelas ó buscó un abrigo en los barrancos.

Mientras tanto, Pelissier había llegado á la batería

Lancáster. Dióse inmediatamente la verdadera señal. Pero sobrevino otro contratiempo. Así como Mayrán, dispuesto mucho antes de la hora convenida, había ata- cado demasiado pronto, el general Brunet había tropeza- do con alguna dificultad para reunir sus tropas en las trincheras, de modo que amaneció sin que todos sus batallones hubiesen tomado su posición de combate. El ataque, adelantado á la derecha, sufrió á la izquier- da algún retraso. En una y otra parte mostróse adversa la fortuna. Apenas habían salido de las trincheras las columnas del general Brunet cuando fueron sorprende- das por la metralla y la fusilería. La violencia del fuego era tal que los proyectiles, al dar en el suelo, levantaban nubes de polvo que ocultaban á la vista los combatien- tes. El general fué muerto por una de las primeras balas. Rompiéronse las filas y los soldados dispersos se refugia- ron como pudieron detrás de las ondulaciones del terre- no, desde las cuales empezaron á tirar contra los rusos.

A nuestra izquierda, la división Autemare pareció desde luego destinada á mejor suerte. A la señal de ataque, el 5.º batallón de cazadores de infantería y un batallón del 19.º de línea desembocan del valle de Ka- rabelnaia, siguen la cresta derecha, llegan hasta el atrincheramiento que une al barranco con Malakof, lo- gran meterse en el recinto fortificado, se apoderan de la batería Gervais y ganan un grupo de casas escalona- das en las vertientes del arrabal. Tras las huellas de la valerosa columna se lanzan el resto del 19.º de línea y dos batallones del 26.º; éstos llegan también al pie de las fortificaciones, y ya los zapadores arriaman las esca- leras que permitirán asaltar el muro. Pero los rusos, victoriosos en todas partes (pues los ingleses acababan de sufrir un descalabro en la Estrella Grande), concen- tran todas sus fuerzas en el punto en que la lucha es todavía incierta. Queda paralizado el primer impulso. El comandante Garnier es el único que con sus caza- dores y algunas tropas de infantería permanece aven- turado en medio del arrabal. Se parapeta en las casas, sostiene con los rusos una lucha encarnizada, se obsti- na en resistir aunque cubierto de heridas, é ignorando el fracaso general, espera con ansiedad el auxilio que asegure la conquista medio alcanzada. Pero es vana su esperanza. A pesar de las instancias del general Au- temare, Pelissier se niega á lanzar sus reservas bajo el terrible fuego cruzado de Malakof y de la Estrella Gran- de. Juzgando el fracaso definitivo, se resigna cerca de las ocho de la mañana á mandar tocar retirada. Sólo entonces los valerosos cazadores del 5.º batallón aban- donan aquel Malakof donde han puesto los pies un ins- tante, atraviesan el recinto bajo la metralla enemiga y vuelven á las líneas francesas después de haber hecho brillar un reflejo heroico en medio de las tristezas de aquella lúgubre jornada (1).

Al día siguiente concluyóse un armisticio para ente- rrar á los muertos. Desde las trincheras hasta el recinto fortificado, el suelo estaba cubierto de cadáveres. Las escuadras se cansaron de cavar fosas. Muchos de nues- tros muertos habían quedado en poder de los rusos, que les dieron sepultura. Si son exactos los datos oficiales, seguramente un poco atenuados, esta desdichada tenta-

(1) Parte del general Pelissier sobre el combate del 18 de ju- nio. (*Monitor* del 4 de julio de 1855).

tiva nos costó 1.581 muertos y 1.740 heridos (2). Los ingleses perdieron de 1.500 á 1.600 hombres. Respecto á los rusos, el combate en sí había sido para ellos me- nos mortífero, pues habían luchado al abrigo de las murallas, salvo en la batería Gervais; pero obligados, en la noche del 17 al 18, á poner en movimiento sus reservas bajo el fuego del bombardeo, habían sufrido entonces cruelmente los efectos de nuestro tiro. Así se restableció entre sitiadores y sitiados la lamentable igualdad de pérdidas.

VI

El *Monitor* del 22 de junio publicó el siguiente des- pachó de Pelissier: «El ataque del 18 no ha tenido éxi- to, á pesar de que nuestras tropas, que han mostrado gran arrojo, pusieron, en parte, pie en Malakof. Tuve que ordenar la retirada á la paralela; retirada que se operó con orden y sin ser molestada. Hoy no es posi- ble precisar nuestras bajas.»

La brevedad de los términos, la confesión clara de un fracaso, la cifra incierta de los muertos y los heridos, todo daba á este parte una alarmante gravedad. En to- da Francia la emoción fué extrema; no fué una explo- sión de cólera ni un clamor de espanto, sino una dolo- rosa ansiedad. Las proporciones siempre en aumento de la empresa despertaban una sorpresa llena de inquie- tudes. Poco importaba que los periódicos callasen: los hechos eran sobrado elocuentes. Nadie ignoraba que nuestros barcos apenas eran suficientes para conducir á Crimea los refuerzos que la guerra exigía. Nadie igno- raba tampoco que los mismos barcos, á su retorno, eran aún menos suficientes para contener la lúgubre carga de heridos, enfermos y moribundos que Crimea devolvía á Francia. En Marsella y en Tolón los hospitales estaban llenos, al extremo de que habían tenido que habilitarse hospitales provisionales en Cette y Mont- peller. En las guarniciones se contaban los soldados que habían marchado y los que no volverían. En todas las armas las bajas eran considerables, y eran sobre todo enormes en el cuerpo de ingenieros, inmolado en aquel largo y mortífero sitio. Una cuestión abstracta de equilibrio europeo ¿valía acaso tantas y tan preciosas vidas? Aun suponiendo la victoria final, ¿igualaría jamás el resultado al sacrificio? ¿Era un impulso legítimo el que había transformado meras quejas diplomáticas en demostración militar, un simple golpe de mano en in- terminable sitio, una guerra limitada en espantosa car- nicería? Tales eran las reflexiones secretas ó cambiadas en voz baja. La desaprobación era abrumadora por su moderación misma. A través de un murmullo grave y contenido se escapaba á intervalos un grito desgarrador, el de las madres que reclamaban sus hijos perdidos.

Para la expedición se necesitaban dinero y soldados. El Cuerpo legislativo fué reunido el 2 de julio. El go- bierno le sometió dos proposiciones de ley: una autori-

(2) Parte del general Pelissier (*Monitor* del 4 de julio de 1855). Es indudable que estas evaluaciones son inferiores á la verdad. En todo caso, no concuerdan con las cifras dadas por el Dr. Scri- ve, que estima en 2.198 el número de los heridos que el 18 de junio, á las dos de la tarde, habían entrado en las ambulancias ó en las enfermerías de los cuerpos de ejército. (Scribe, *Statistique médico-chirurgicale*, pág. 208.)